

## **Antes de morir...VIVE**

Todavía puedo sentir el olor a pólvora. No importa el tiempo, ni la distancia ni el espacio. Llevo en esta ciudad nueve meses y todas las noches, sin excepción, tan puntual como las agujas de un reloj, aprecio con total nitidez la impresión de un olor que no se soporta. Me agobio al ver que respiro con dificultad a pesar de estar en mi cama, a salvo, a cientos de kilómetros del infierno.

El sonido, ese ruido ensordecedor e insoportable de los disparos y las explosiones tampoco me abandona. Invade mis noches llenándolas de miedo, oscuridad y frío, mucho frío. Me tapo los oídos con las manos para no escuchar el zumbido sordo de los aviones lanzando misiles contra hospitales y colegios, destruyendo la que fue para mí una de las ciudades más hermosas y seguras del mundo oriental.

Las lágrimas caen por mis mejillas, sin que pueda hacer nada por evitarlas, al recordar los saqueos y las destrucciones de los monumentos, los templos, las bibliotecas...la lista de los lugares emblemáticos arrasados por el ISIS es interminable. Quieren acabar con la cultura de una civilización, con la cuna de nuestro pensamiento, de nuestras ideas, de nuestras costumbres, su lucha es una locura. Es una destrucción sin sentido, sin motivación ideológica o religiosa, simplemente se trata de destruir por destruir.

Me pregunto hasta qué punto es consciente el mundo del conflicto y de la importancia de lo que significan esos ataques a símbolos culturales que representan la identidad de los sirios, y al mismo tiempo, también dan forma a la historia de todas las civilizaciones. No van solo a por nosotros, van a por todos aquellos que no compartan su mismo credo político, religioso e ideológico. La comunidad internacional debe comprender que la desaparición de los templos grecorromanos, de las aldeas, de los museos, de las antigüedades y de los cascos viejos de ciudades legendarias constituye una pérdida para toda la humanidad.

Intento controlar mis sentimientos. Ponerle freno al miedo y sentirme agradecida con esta nueva oportunidad que me ha ofrecido el destino, pero no puedo. Es imposible olvidar y mirar hacia delante sin más, pretendiendo que olvide todo lo que he dejado atrás. Allí dejé a la persona que era, para convertirme en otra completamente diferente, en una desconocida incluso para mí misma. En Damasco se quedó mi vida entera. Sin embargo, parece que no tengo derecho a sentirme culpable, confusa y profundamente triste porque la suerte me ha dado una segunda oportunidad para volver a empezar y de algún modo estoy obligada a aprovecharla.

Me gustaría poder explicar al mundo cómo me siento y lo que significa ser una refugiada aunque las condiciones de mi asilo sean las de una privilegiada. Ser refugiada no significa solo ser acogida. Implica mucho más. Un refugiado es alguien perseguido que se ve obligado a huir porque su vida corre un serio peligro de muerte. Un expatriado no puede vivir en su aldea, ciudad o pueblo por razones tan absurdas e insignificantes que sorprenderían al libre pensamiento occidental.

Podría contar cientos de testimonios de hombres y mujeres que se vieron obligados a abandonar sus vidas por motivos que son tan desgarradores que cada vez que los cuento a mis compañeros de la universidad o a mi familia de acogida me parten el alma por la

mitad. Son historias de gente corriente como usted y como yo que dan certeza de la existencia del infierno en la tierra.

Es curioso cómo funciona la memoria. Conserva unas cosas y desecha otras de modo absurdo e indiscriminado. Recuerda detalles frívolos y superficiales, y olvida acontecimientos importantes y momentos trascendentales que marcaron el antes y el después de muchas vidas.

Día tras día, de camino a la universidad o de vuelta a casa, intento recordar cómo empezó y terminó todo. Me esfuerzo por buscar en mi memoria los cinco años de guerra vividos en Damasco y no encuentro nada realmente importante. Solo recuerdo detalles insignificantes como el color de la ropa, el olor de los dulces o la letra de una canción que tarareaba una de mis compañeras activistas cuando preparábamos carteles para las manifestaciones, pero me es imposible encontrar en el océano que se ha convertido mi memoria los partes esenciales de los acontecimientos verdaderamente importantes.

El otro día durante un descanso entre clase y clase, me sentí ridícula y desconcertada cuando una de mis compañeras de Bellas Artes me preguntó cómo era mi vida en Damasco. Se interesó por saber cómo era entonces, y no pude ni supe contestar a ninguna de sus preguntas. Me asustó comprobar que había olvidado los pasillos de la facultad damasquina, los jardines y las fuentes de la casa de mis padres o el mobiliario del coqueto apartamento de mi hermana. Lo único que recordaba eran particularidades extravagantes, sin ningún sentido común, como por ejemplo mis manos cubiertas de pintura y colores.

Filomena es una chica estupenda y me cae realmente bien. A lo largo de todo este tiempo nos hemos convertido en buenas amigas y me habría encantado contarle quién era yo, pero como digo no supe hacerlo porque no pude. Intentó quitarle importancia a la nada que ocupa mis recuerdos justificando mi silencio en un shock del que antes o después saldría. Me dijo en un tono alegre y desenfadado que no le diera importancia y me animo a que no me preocupara porque estaba convencida que antes o después cuando menos lo esperase los recuerdos volverían a mí y entonces podría contarle la vida de Alia antes de la Primavera Árabe.

Aquella tarde no fui directamente a casa. Al salir de la universidad decidí ir a la Alfama. Me encanta ese barrio. Sus colores vivos y chillones me recuerdan a Damasco. Allí caminando por las callejuelas empinadas y estrechas me siento segura porque de un modo extraño y confuso es como si por unos instantes pudiera volver a mi hogar. Me senté en una piedra con forma de banco para contemplar el Tajo y sin darme cuenta con el río de fondo empecé a llorar desconsoladamente sin importarme lo que el resto de personas que había a mí alrededor pensarán de mí.

Lloraba con un dolor que es difícil explicar. Un sentimiento de pena que solo pueden entender y comprender aquellos que han vivido y pasado por lo mismo que yo. Descubrí lo que me había ocurrido y entendí mi bloqueo. La situación y el momento no eran los oportunos. Mis experiencias eran tan terribles que se merecían mucho más que un descanso entre clase y clase. Cómo desvelar a Filomena en mitad de un pasillo sin ningún tipo de intimidad que quemaron a uno de mis mejores amigos delante de mí por ser gay, que perdí a Maha, mi amiga del alma, después de que la lapidarán un grupo de Yihadistas por estar embarazada sin estar casada, que un día volviendo a mi casa

encontré en la verja de la entrada los cuerpos de mis padres decapitados por ser liberales y no convencionales, y por haber educado a sus hijas, en la creencia de que podíamos ser independientes, vivir solas e integrarnos en el mercado laboral si eso era lo que verdaderamente queríamos y nos hacía felices.

Cómo contar en mitad de un pasillo como si de una charla absurda se tratara el infierno que me había tocado vivir por nacer en una cuna y no en la otra, por crecer en un mundo de locos y fanáticos y no en uno civilizado y libre como el suyo.

Sentada en la cama, más tranquila, con los ruidos de la guerra de fondo, decidí escribir un e-mail a Filomena contándole toda la verdad. Quería que supiera quién era yo, cómo había sido mi vida hasta que llegué a Lisboa, qué significaba ser una refugiada y cuáles eran los sueños y las esperanzas que albergaba en el fondo de mi corazón para un país que un día fue bueno, feliz y hermoso.

*Querida Filomena:*

*Ante todo disculpa por mi reacción a tus preguntas el otro día al salir de clase. En parte tenías razón, estaba bloqueada, pero también, si te soy sincera, lo que tengo que contar requiere mucho más que el descanso en un pasillo.*

*Mi vida, como la de otros cientos de refugiados, se merece respeto y un ambiente de belleza y meditación, porque lo que voy a desvelar en estas líneas es digno de compasión, dolor y admiración. No es un testimonio más, ninguno lo es. Todos los sirios que estamos entre los vivos hemos pasado, aunque sea de manera involuntaria, a formar parte de una página importante de la historia. Sé que mi página está bañada de colores grises y oscuros, pero no me importa. Si volviera atrás, repetiría exactamente igual todos y cada uno de mis pasos. No tiene sentido, pensar qué hubiera pasado si hubiera actuado de otro modo porque entonces no estaríamos hablando de mí.*

*Crecí en un ambiente sano y feliz. Mis padres eran amables y cariñosos. Nos educaron a mi hermana y a mí en un ambiente intelectual y sofisticado donde nos enseñaron a ser libres y a pensar por nosotros mismas. Mi padre era médico, pero su círculo de amigos estaba integrado en su mayoría por pintores, escritores, músicos y arquitectos, a los que conoció gracias a mi madre, y los cuales despertaron en mí el amor por el arte y en especial por la pintura.*

*Vivía en una casa rodeada por jardines con olor a jazmín donde siempre parecía primavera. El diseño de la vivienda, tanto del interior como del exterior, corrió a cargo de uno de los mejores arquitectos de Damasco, íntimo amigo de mis padres, famoso en el gremio por su discreción y buen gusto. Mi parte favorita de la casa era la entrada. Justo después de la verja negra, a través de la que se accedía al recinto, había una fuente con varias cascadas que mi padre regaló a mi madre para celebrar su primer año como marido y mujer. La fuente por deseo expreso de mi padre siempre debía estar iluminada. Según él mi madre era igual que una luz, alegre y llena de vida.*

*Hala y yo crecimos en un ambiente poco habitual, tanto dentro como fuera de casa, puesto que Damasco por aquel entonces era uno de los pocos puntos del mundo árabe donde la mujer disfrutaba de ciertas libertades como vivir sola, tener la oportunidad de forjarse un futuro laboral y poder mantenerse a sí misma sin depender de la ayuda*

*de nadie. En aquella época en las universidades la cantidad de mujeres superaba en algunas aulas a los varones. Eran otros tiempos que ahora se ven lejanos e imposibles. En la actualidad en mi país una mujer no puede tomar sola un taxi. Este hecho para ti convencional y anticuado supondría para la mujer y para el taxista un castigo de treinta latigazos.*

*Echo de menos todo, sin excepción. Añoro a mi familia y amigos. Extraño los olores de los mercados, el sabor de la fruta, el azúcar de los dulces tradicionales y los colores vivos y alegres de los mobiliarios que caracterizan la decoración damasquina. Sin embargo, si tuviera que destacar lo que más anheló por encima de todo, sería la sensación de pertenencia, lo agradable que resulta formar parte de un equipo, de un grupo.*

*No sabría decir el día exacto en el que empezó el final de todo lo que yo había conocido hasta ese momento como mi vida, pero, al menos, sí puedo explicarte cómo lo sentí. Imagino que estarás al tanto por la prensa y el resto de medios de comunicación que la Revolución de los Jazmines, en diciembre de 2010, fue el principio del fin. No me preguntes cómo, pero de la noche a la mañana, pasamos de manifestarnos contra el régimen, exigiendo prosperidad, economía y libertades políticas y civiles y blandiendo pancartas inofensivas y coloridas, a armarnos para protegernos de las acciones represivas del gobierno de Al Assad.*

*Debido a los principios que había recibido, mis padres nos inculcaron desde bien pequeñas a mi hermana y a mí la importancia de la justicia, la razón y la moral, no tardé en implicarme en la defensa de lo que mi conciencia me dictaba como correcto entrando a formar parte del Foro Sirio de Mujeres por la Paz, desde donde luchábamos por el fin de la guerra, la participación de la mujer en las negociaciones políticas para solucionar el conflicto, concienciar sobre la justicia, cómo debería ser el Estado, la búsqueda de la reconciliación y el fin de la violencia entre otros muchos propósitos, con la esperanza de acabar con el sufrimiento generado por la lucha.*

*Sin saber cómo, en un tiempo que ya no recuerdo por lejano y porque sucedió todo muy deprisa, a pesar de mi juventud, con 21 años me convertí en una de las activistas más destacadas e implicadas de Damasco. Mi actividad en el Foro, dado mi perfil académico con estudios superiores, estaba en la ciudad donde nos centrábamos en la participación política. Sin embargo, debido a mi naturaleza rebelde e inconformista, y para agradecer a la vida un poco de lo que me había dado, muchas veces me desplazaba junto con otras compañeras a las zonas rurales donde peleábamos por evitar el reclutamiento de los niños soldado o paliar en la medida de nuestras posibilidades los terribles efectos de la guerra.*

*Creo, si mal no recuerdo, que por esos días comenzó no sé si la parte más importante de mi testimonio, pero sí la más intensa y la que supuso un punto y final en la vida tal y como yo la conocía hasta ese momento.*

*A comienzos del año 2013, Yihadistas del ISIS, irrumpieron en casa de mis padres y los molieron a golpes por ser educados, libres y sofisticados. Murieron decapitados y dejaron sus cuerpos tirados en la calle, a las puertas de nuestra casa, para que los coches arrastraran sus cadáveres hasta que ya no quedase nada de ellos. . Hala y yo enloquecimos. El horror, el espanto y un dolor insoportable que no alcanzo a explicar*

*con palabras se apoderaron de las dos durante mucho tiempo, pero no pudo vencernos. Esos miserables, locos, fanáticos y enfermos, no iban a poder con lo que mis padres construyeron a lo largo de toda una vida: nuestra educación. Las dos poseíamos un carácter lo suficientemente fuerte y comprometido para seguir adelante. Sabíamos que ya nada nunca volvería a ser igual, pero poseíamos el coraje y la firme determinación de honrar la memoria de nuestros padres costara lo que costara.*

*Trabajamos codo con codo con otras mujeres que al igual que nosotras habían conocido la verdadera cara del horror. Mujeres que habían descubierto de primera mano el extremismo del hombre y habían sido torturadas y violadas. Las activistas del Foro que integrábamos las filas de la organización éramos una mezcla extraña en apariencia, pero uniforme y armónica en esencia. A pesar de venir de estratos sociales diferentes y tener principios liberales unas y conservadores otras, sabíamos luchar. Utilizamos el arma más poderosa que puede tener el ser humano, la razón, y a partir de ahí, peleamos con la humanidad de nuestra parte para traer un poco de luz a las sombras que poblaban el alma del país.*

*Conocí a Paco una tarde de primavera, a principios del mes de abril del año 2014. Era un médico español que había sido destinado a un centro médico al suroeste del país. Nos conocimos a los pocos días de su llegada y enseguida conectamos, o más bien, nos gustamos. Él al igual que yo también tenía razones de peso para estar allí. Unos meses atrás el Estado Islámico había secuestrado, torturado y asesinado a uno de sus mejores amigos y colega de profesión. Me confesó que tenía miedo, y que los últimos días antes de llegar a Damasco no había dormido pensando en las recientes noticias de hospitales y clínicas respaldados por MSF que habían sido blanco de ataques aéreos y bombardeos. Me sorprendió ver a un hombre reconociendo en público y delante de una mujer sus debilidades, y al mismo tiempo, me encantó que confiase en mí y me tratara de igual a igual.*

*Me enamoré perdidamente de él. Nunca había sentido nada parecido por ningún otro hombre en toda mi vida. A mí alrededor el mundo se venía abajo, morían personas todos los días, caminaba por las calles entre cadáveres y escombros, y yo solo podía pensar en que llegara el día siguiente para pasar el mayor tiempo posible a su lado.*

*A finales de agosto de 2014, dos años después de que comenzara el conflicto en Damasco, una noche inusualmente fresca y agradable para el verano damasquino, Paco se declaró. Ahora puedo afirmar, sin miedo a equivocarme, que fue uno de los momentos más felices y bonitos de mi vida. A pesar de la vergüenza y de los nervios que sentí, durante su declaración, y después cuando se armó de valor y me besó de forma torpe, sigo pensando que fue un instante perfecto e irrepetible.*

*Desde aquel verano y hasta mi partida a Lisboa nos volvimos inseparables; pasábamos juntos todo el tiempo que podíamos y nunca nos parecía suficiente como cualquier pareja de jóvenes enamorados que se precie de serlo. Soñábamos con el fin de la guerra y con un futuro juntos. Los dos teníamos intereses parecidos y compartíamos gustos como el arte, el cine y la escritura. Él era tranquilo y alegre. Yo apasionada y un poco disparatada, lo que hacía que de un modo extraño nos completáramos el uno al otro. La atracción de los polos opuestos, la combinación perfecta que resulta de dos partes desiguales que dan forma a un todo uniforme y equilibrado.*

*Él me ayudó a superar la pérdida de mi hermana. No sé cómo habría soportado la desaparición de Hala sin Paco a mi lado. Una mañana, después de una intensa jornada laboral en una aldea próxima a la capital, luchando por evitar el reclutamiento de los niños soldados, aparecieron los soldados del régimen y se la llevaron junto a otras activistas. No recuerdo cómo escapé, y me siento todavía terriblemente culpable y avergonzada por huir y esconderme, salvando así la vida, pero lo hice. Paco me consoló como nadie y me dijo que no debía sentirme responsable, puesto que lo que había hecho era una consecuencia lógica del instinto que todo ser humano posee de supervivencia. El dolor por la ausencia y la incertidumbre de qué habría sido de Hala en las celdas del régimen nunca desaparecería, pero por lo menos sirvió para que no me sintiera tan sola en el mundo. A día de hoy, todavía vivo sin saber si mi hermana está viva o muerta, pero me esfuerzo por mantener la esperanza de que siga con vida, y que en un futuro no muy lejano podamos reencontrarnos y empezar desde cero juntas.*

*Después de la desaparición de Hala y de otras activistas, además de a Paco, me aferré como a un clavo ardiendo a mi trabajo y al papel tan importante que estábamos desempeñando las mujeres sirias en la lucha por la paz y por el fin de la guerra. Nuestras acciones eran aplaudidas y admiradas por miembros respetables de la comunidad internacional, que incluso llegaron a decir de nosotras que estábamos mejor organizadas que los partidos de la oposición. Un orgullo y una satisfacción que llenaban mi triste y vacío corazón de alegría y de esperanza, porque sabía que a pesar de todo, de las muertes, de las torturas, de la destrucción y de la tragedia, estábamos haciendo historia. Nosotras, las mujeres sirias, esas a las que el mundo conocía poco y mal, cada día, rompíamos moldes a favor de las niñas que estaban por venir y que si todo iba como esperábamos podrían tener un futuro feliz y libre del yugo de la tiranía del hombre.*

*A estas alturas, imagino que te estarás preguntando, qué fue de Paco y cómo es posible que consintiera separarme de él. No vine a Portugal para estudiar, ni para huir de la guerra, con Paco a mi lado me sentía invencible y fuerte para superar cualquier tipo de obstáculo, incluso la pérdida de toda mi familia, pero sucedió algo...algo que...que hizo que quisiera huir de mi tierra, de mi país, de mi misma e incluso del amor de mi vida.*

*Me violaron. Un grupo de soldados del Ejército de Al-Assad, me violó y apaleó brutalmente hasta que me dieron por muerta. Desperté en un hospital del norte de la capital, y lo único que recuerdo, es que por primera vez desde que empezó la guerra quise morirme. Lo que esos cinco hombres hicieron conmigo, con mi cuerpo y con mi alma era mucho más de lo que podía soportar. Me sentía sucia, humillada y completamente avergonzada. Es curioso, nunca había entendido por qué las mujeres sentían vergüenza y remordimientos después de una violación, hasta que me pasó a mí.*

*Imaginar que Paco pudiera llegar a enterarse era algo que no hubiese podido aguantar. Él no podría enterarse jamás, porque entonces nunca volvería a mirarme igual. Sospechar que el amor de mi vida me mirara con pena y compasión, era impensable para mí.*

*Salí del hospital tres semanas después de la violación y cuando me reencontré con Paco y mis compañeras de la organización mentí y dije que había estado encarcelada por el Ejército de Régimen por un chivatazo que me señalaba como la artífice de*

*pancartas con consignas revolucionarias que según el Gobierno trataban de desestabilizar el país. Sé que las mujeres que habían pasado por lo mismo que yo, no me creyeron y adivinaron lo que me había sucedido, pero no dijeron nada. Entre nosotras, las mujeres que hemos sido humilladas a un extremo infinito, sabemos reconocernos. Paco, sin embargo, me creyó y se preocupó por lo lamentable de mi aspecto físico, lo que se podía ver, pero no se percató ni por un segundo del estado en el que había quedado mi alma, la parte invisible a los ojos de los demás.*

*La situación se convirtió en insostenible. No soportaba que Paco me tocara, se me acercara o sencillamente respirase cerca de mí. Me ponía a temblar y sentía unas ganas incontrolables de vomitar. Él pensaba que había dejado de atraerme, que ya no estaba enamorada de él, y yo aunque no aguantaba verlo sufrir, prefería eso, a la alternativa que suponía desvelar mi terrible secreto. Decir en voz alta que me habían violado sería reconocer que realmente había sucedido, y yo me esforzaba con todas mis fuerzas por convencerme de que aquello tan repugnante y terrible no había sucedido nunca.*

*El resto ya lo sabes. Te lo conté al poco tiempo de conocernos. Sabía por la web 'Dubarah' de la existencia de plataformas y planes de ayuda para que los jóvenes sirios pudieran continuar sus estudios en otros países, y un día, desesperada, no me lo pensé dos veces, arreglé el papeleo y por un golpe de suerte conseguí la beca que me permitiría terminar mis estudios en Lisboa y de paso alejarme lo máximo posible de la guerra, de Paco, de los soldados y de la violación.*

*Nunca se lo había contado a nadie y todavía no sé si seré capaz de hacer clic en enviar para que recibas un e-mail, que significa mucho más de lo que puedas llegar a imaginar, pero tu generosidad, tu amistad y la alegría que te caracteriza se merecen por mi parte la verdad.*

*Este invierno me preguntaste qué significaba ser refugiado y te contesté algo mecánico, vacío y superficial. Ahora, si decido presionar el ratón en la tecla que pone enviar, sabrás de verdad lo que simboliza ser una persona acogida. El exiliado es aquel que lucha desesperadamente por huir de algo terrible y contar en la lista de los vivos. Hacemos lo que podemos para sobrevivir, porque como me dijo Paco cuando desapareció mi hermana, está intrínseco en nuestro ADN la lucha por la supervivencia, a pesar de las experiencias terribles que hayamos sufrido o presenciado. Ser refugiado también significa soñar, imaginar que en un futuro las cosas serán distintas a como son en realidad. Jugar con la posibilidad de que la guerra termine, volver a casa y recomponer mi ciudad y a mi misma es mi sueño. Durante mucho tiempo me costó comprender que los soldados no se llevaron todo de mí aquella noche. La esperanza y las ganas de vivir se quedaron conmigo, no pudieron quitármelas.*

*Entonces no lo sabía, pero, ahora, sé que Ella, la vida, siempre estuvo por delante.*

Enviar

**Paibma**